

de que se habían hartado otras sanguijuelas: para reemplazar á los Templarios quemados, no faltaron Lombardos ni Flamencos.

En aquella época el país de Flandes, comprendiendo desde el punto de vista político una zona de extensión considerable donde se hablaba la lengua francesa, era, sobre la vertiente oceánica de Europa, la región en que la burguesía había podido desprenderse más completamente de la antigua tutela eclesiástica y donde las prácticas industriales y comerciales habían seguido más libremente su evolución. Frente al rey de Francia, que reivindicaba el señorío feudal, las ciudades flamencas representaban un movimiento casi republicano, pero desgraciadamente no poseían esa unidad de voluntad que da el éxito definitivo: en cada ciudad existían dos clases en lucha incesante, patricios y plebeyos, dando alternativamente la victoria á cada partido y permitiendo á los hábiles ambiciosos desviar en provecho propio el objeto de la lucha. Así ocurría que las gentes del pueblo se vieron en el caso de combatir, no por su propia causa, sino por tal eclesiástico demagogo, feliz si conseguía hacerse conde y jefe de ejército; por su parte, los ricos ciudadanos de Flandes, convertidos en *leliaerts* ó «gentes del lirio», eran por eso mismo considerados como afrancesados, y, lo quisieran ó no, luchaban por la sumisión política de su patria. La libertad social que soñaban algunos no podía obtenerse en tal caos y se hacía forzosa una desviación. En un principio, en 1302, los proletarios alcanzaron una de esas victorias memorables en que se vió una multitud anónima de obreros y de campesinos triunfar de los príncipes y de los barones, que en la historia de los artesanos representa un hecho análogo al que se produjo algunos años después en Morgarten, en la historia de los montañeses. En Courtrai, los habitantes de la Flandes meridional como los de Brujas vencieron á los caballeros «de espuelas de oro» de Felipe el Hermoso, y cuando Fouquard de Merle, convocado el pueblo de Douai, le preguntó qué partido pensaba tomar en la guerra que se emprendía, todos exclamaron: «¡Todos somos y seremos Flamencos!»<sup>1</sup>.

Pero tres años después de la batalla de Courtrai, el pueblo ven-

<sup>1</sup> O. des Marez, *Revue de l'Université de Bruxelles*.

cedor se dejó representar cerca del rey de Francia por unos embajadores nobles que, en realidad, eran sus enemigos, y de nuevo hubo de conformarse con las tradiciones de obediencia: su cólera se vió vanamente satisfecha por una temporada. Si las ciudades de Flandes pudieron reproducir contra Francia la antigua querrela, fué gracias



EL MERCADO DE YPRES

C. J. Kuhn, edit.

á las complicaciones europeas, que permitieron á los Artevelde, representantes de las libertades gantesas, apoyarse sobre Inglaterra. En esa lucha, los condes de Flandes y los nobles tomaron invariablemente el partido de su señor feudal francés: la guerra tomó muy secundariamente un carácter nacional, siendo en verdad y ante todo un conflicto entre la clase burguesa de la sociedad moderna y la clase sobreviviente del feudalismo.

Entre Francia é Inglaterra las guerras acabaron por determinar un estado hereditario de odio, que se hizo casi instintivo: por ambas partes el fenómeno normal durante cinco siglos consistió en injuriarse y combatirse mutuamente, y sabido es que aun quedan de ello

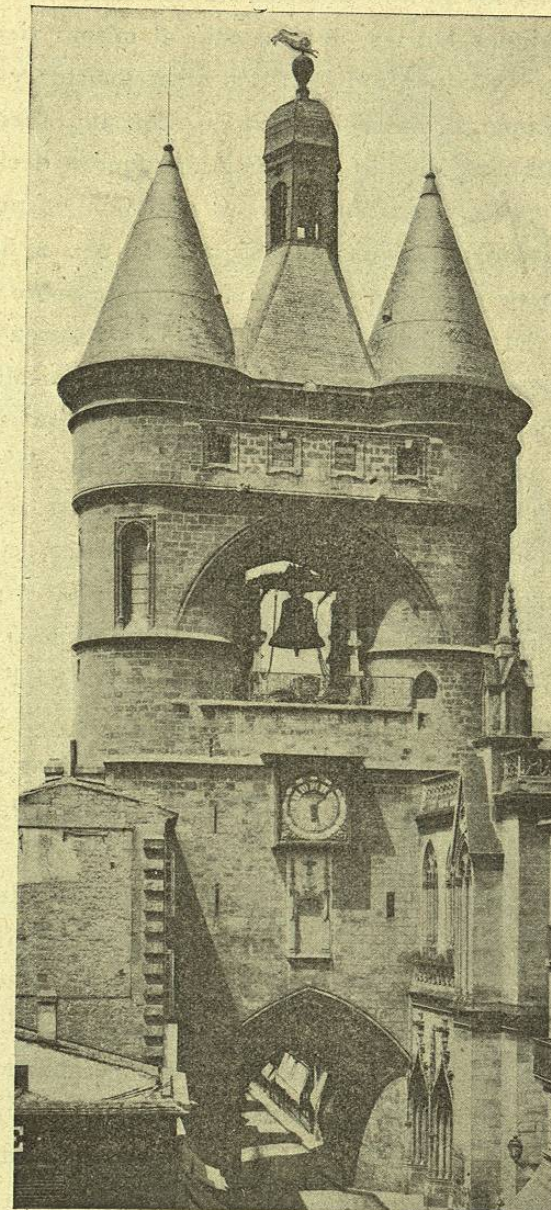
muchas y deplorables supervivencias. La «guerra de Cien años» — oficialmente ciento dieciséis, desde el día en que Eduardo III pretendió la corona de Francia (1337) hasta la toma de Burdeos (1453), aunque en realidad el antagonismo existiera desde Guillermo el Conquistador, rey en Inglaterra, vasallo en Francia, — la guerra de Cien años fué la causa de un gran retroceso material y moral en las dos naciones. Ese terrible drama explica de rechazo cómo España y Portugal, aunque menos favorecidos que Francia por muchos conceptos, alcanzaron mucha superioridad en la concurrencia vital durante el siglo XV: por haberse agotado Francia é Inglaterra en la guerra de Cien años, obtuvo la supremacía temporal la península Ibérica.

La diferencia de los caracteres, el contraste de las condiciones sociales se revelaron de una manera notable entre las dos naciones beligerantes, y dieron á los acontecimientos una forma singularmente trágica. Puede decirse, de una manera general, que Francia representaba á la vez dos causas bien diferentes: la del pueblo que defendía justa y enérgicamente sus campos, sus ciudades y sus talleres, y la causa del feudalismo, que no sabía ya siquiera combatir, y se lanzaba locamente á las batallas como si fueran torneos de parada. En cuanto al ejército inglés, aventurado sobre un suelo extranjero, supo apreciar desde el primer día cuán grave era la guerra, y se dedicó á ella con una industria enteramente práctica. Así considerado aquel ejército, constituía una especie de democracia contra la supervivencia feudal.

La gran ventaja inicial de los ejércitos ingleses durante esta guerra interminable, provenía de la posesión de la Guyena: la Francia del Norte estaba así cogida como en una prensa. Por otra parte, la situación geográfica particular de la Guyena, relativamente al país de sus señores feudales, los reyes de Inglaterra, obligaba á éstos á guardar extremadas consideraciones para hacerse aceptar como protectores en aquella lejana provincia. La proximidad de temibles enemigos que amenazaban constantemente la frontera por el Norte, el Este y el Sud; las facilidades que hubieran tenido los habitantes para rebelarse ante el menor motivo que les hubieran dado los señores feudales, les aseguraban por parte de los Ingleses un escrupuloso

respeto de las libertades locales. Los Gascones se hallaban entonces, respecto del gobierno de Westminster, en una situación análoga á la de los actuales Canadienses. Diecisiete municipios autónomos prosperaban en el Bordeles, territorio correspondiente con corta diferencia al actual departamento de la Gironda, y, más de dos siglos después de la ruina de los municipios de la Francia capetiana, los del Sudoeste gozaban tranquilamente de su plena libertad; además, gran número de pequeñas poblaciones llamadas «bastidas» poseían también sus cartas y privilegios<sup>1</sup>.

La ciudad de Burdeos, que después había de ser en Francia el campeón del libre cambio, recibía de Juan sin Tierra, desde el año 1205, la exención de toda *maltôte* ó impuesto por sus mercancías, en la ciudad y á lo largo del río. Compárese con esa política sensata, las absurdas medidas comerciales que adoptaba la monarquía francesa. Luis IX, á quien se suele considerar como pru-



Cl. J. Kuhn, edit.

BURDEOS — PUERTA DE LA CAMPANA GRANDE

<sup>1</sup> D. Brissaud, *Les Anglais en Guyenne*, ps. 65 y siguientes.

dente, comprendía la protección del tráfico nacional como lo harían aún los prohibicionistas de nuestros días. Al establecer el puerto de Aigues-Mortes, le concedió al mismo tiempo un monopolio al cual «se sacrificó todo». Los otros puertos y canales del litoral, desde el Camargo hasta la roca de Leucate, fueron cerrados al comercio; los ríos Herault, Orb y Aude fueron declarados cerrados; todos los buques, hasta los mismos que por su puerto de destino habían de pasar por aguas de Aigues-Mortes, recibieron orden de acercarse para pagar un derecho de tonelaje sobre su carga para la conservación del nuevo puerto. Y tan absurda ley quedó en vigor hasta después de que el puerto de Aigues-Mortes quedó completamente impracticable por efecto de los aluviones<sup>1</sup>. Es decir, prohibióse el tráfico marítimo á la Francia mediterránea, por lo que el comercio fué forzosamente rechazado sobre las comarcas limítrofes. Al otro extremo del reino, los procedimientos de protección industrial y comercial eran también absurdos y podían producir atroces consecuencias. Una orden de 14 de Julio de 1315 proscribía á todos los Flamencos, expulsándolos del reino de Francia, so pena de ser condenados «á ser siervos y esclavos». Y si quedase alguno de ellos aún «después de la octava de la Magdalena», se les debía matar «sin esperar ningún juicio y donde quiera que fuesen encontrados»<sup>2</sup>.

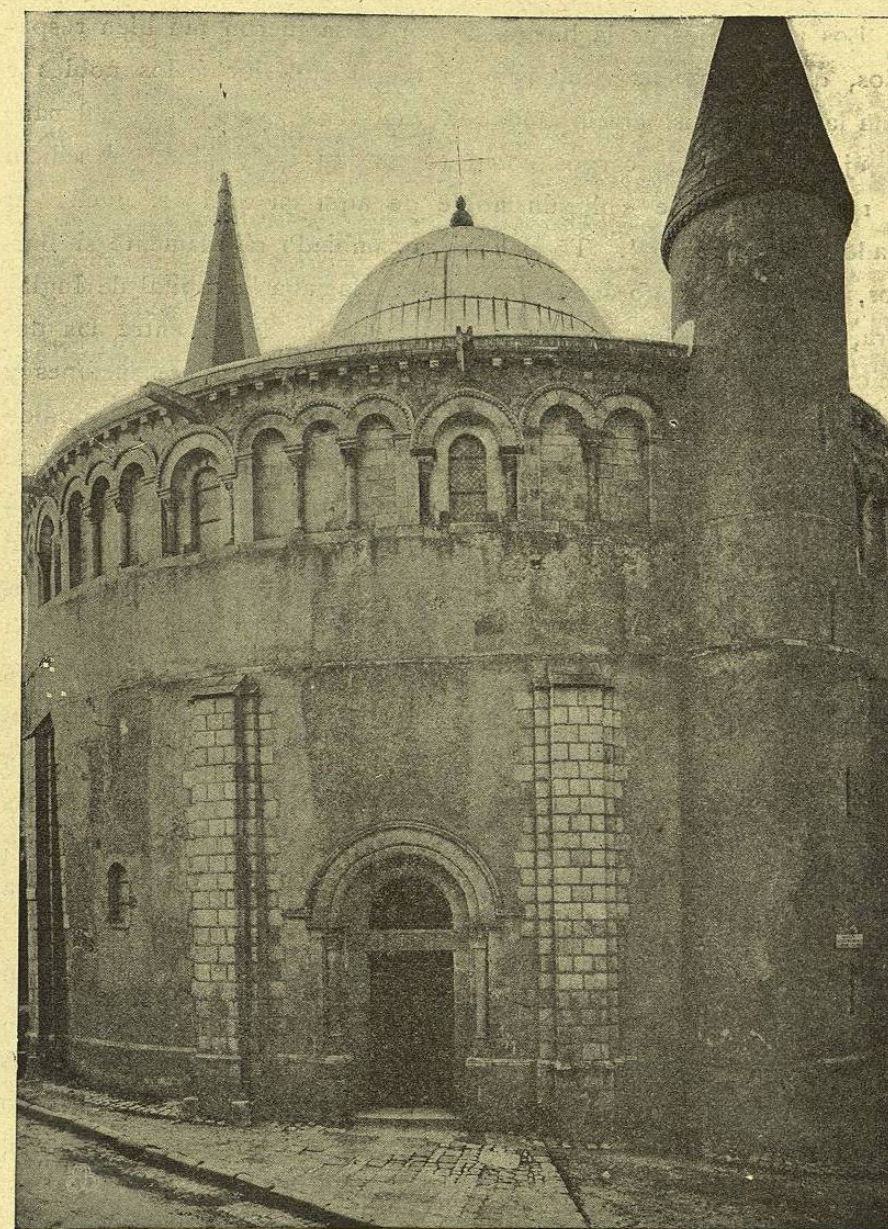
A la mitad del siglo XIII, Burdeos, sintiéndose feliz por no ser protegida, llegaba á ser municipio de pleno derecho, pudiendo nombrar su alcalde sin intervención del señor feudal y hasta aliarse directamente con Brujas, la ciudad republicana de Flandes<sup>3</sup>. Mientras que los reyes de Francia, fuertes por el derecho brutal dado por la conquista, secundados por los recaudadores de impuestos y por la jerarquía administrativa, oprimían ó suprimían los municipios, los reyes de Inglaterra oponían prudentemente los intereses de los Aquitanos á las ambiciones de Francia. Es indudable que no hubieran podido suscitar un patriotismo inglés espontáneo: las costumbres, la lengua y el medio se oponían á la fusión de las voluntades en las dos patrias respectivas; á lo menos Burdeos y las ciudades de la Guyena

<sup>1</sup> A. Duponchel, *Introduction à la Géographie générale du département de l'Hérault*, páginas 62, 65.

<sup>2</sup> Alphonse de Hauteville, *Les Aptitudes Colonisatrices des Belges*, p. 119.

<sup>3</sup> D. Brissaud, *obra citada*, ps. 230, 231.

comprendían que les convenía materialmente permanecer bajo el señorío feudal inglés, y, lejos de ayudar á Francia en sus luchas contra



IGLESIA DE NEUVY — SANTO SEPULCRO (INDRE)  
Tipo de iglesia redonda. (Véase p. 86)

Cl. Kuhn, edit.

los insulares, se esforzaban por estrechar con éstos los lazos tradicionales de la amistad. Una sola rebelión tuvo lugar, provocada en

1365 por los impuestos arbitrarios del Príncipe Negro; pero bastó este experimento, los dominadores extranjeros tuvieron el buen sentido de no repetir la tentativa.

Los privilegios de la burguesía bordelesa fueron tan bien respetados, que los *jurats* ocuparon un rango superior á los nobles y hasta la misma aristocracia feudal era mal vista, excluída de antemano del ejercicio de los cargos como tocada de indignidad: un edicto de 1375 decide que «ningún noble de aquí en adelante pueda ser jurado de la ciudad»<sup>1</sup>. Todo hubiera cambiado rápidamente si Burdeos, que un geógrafo árabe de la época llamaba la capital de Inglaterra, hubiera cesado de ser el objeto de la lucha entre las dos naciones. De ese modo los burgueses tomaban sus precauciones y se prevenían contra las consecuencias fatales que hubiera podido tener para ellos la conquista definitiva de Francia por los Ingleses. Exigieron, pues, de Eduardo III que, si llegase un día á ceñirse la corona de Francia, ellos quedarían siempre directamente unidos al reino de Inglaterra. Lo mismo que el gran municipio libre, los otros municipios de Guyena, sus «hijuelos», pedían también la conservación de las instituciones que les tenían separados de sus vecinos franceses: la carta de uno de ellos, Bazas, hasta contiene extractos de la ley inglesa del *habeas corpus*<sup>2</sup>. En 1379, Burdeos estaba ya bloqueado por los Franceses por la parte de tierra, cuando todas las ciudades-municipios de las márgenes del Garona y del Dordoña, desde San Macario y Castillon hasta Blay, se ligaron para salvar la metrópoli y conservarla para Inglaterra.

Las batallas de Crecy (1346) y de Poitiers (1356), y después, en el siglo siguiente, la de Azincourt (1415), presentan tal semejanza, que se creería ver en ellas una sola y misma batalla. Los primeros se hallaban todavía en la edad de los caballeros romanos: cada uno de aquellos paladines, viviendo en su ideal, quiere obrar á su antojo, seguro de dispersar ante sí la turba de los villanos; los Ingleses, por el contrario, entrados ya en la era del razonamiento, trataban de proceder con ciencia en su campaña: esperaban prudentemente el choque, y, concertadamente, dispersaban á los asaltantes y los recha-

<sup>1</sup> D. Brissaud, *obra citada*, p. 127.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 263.

zaban en desorden. La vanidad de los nobles franceses, representantes por excelencia de la caballería en su decrepitud, como lo había sido en su florecimiento, el necio amor propio de las gentes acorazadas de hierro tomó tales proporciones, que los desgraciados corrían á su perdición, arrastrando en su ruina la de Francia. En tanto que los ejércitos de Flandes y de Inglaterra sacaban su fuerza principal de sus alabarderos y arqueros, armados con mazas ó picas, los arrogantes caballeros franceses juzgaban indigno de sí reunir un cuerpo de tropas reclutadas entre villanos, ó bien, cuando iban á la guerra acompañados de esa canalla despreciada, los rechazaban y los asesinaban en el momento supremo para no dejarles ganar la victoria. En Courtrai la infantería francesa, que rechazó á los Flamencos, suscitó la cólera de los nobles, hombres de armas, quienes temieron que se les arrebatara el honor de la victoria, é impulsados por esa idea se precipitaron sobre las filas de sus mismos ballesteros y los pisotearon con sus caballos, para tener el orgullo del triunfo, allí donde no hallaron más que una derrota vergonzosa y merecida. También en Crecy Felipe de Valois hizo matar toda la «chusma» victoriosa que le cerraba «la vía sin razón». Quería vencer sin ella, y sin ella fué vencido. Por ese mismo crimen de jactancia la caballería francesa fué tan dura y tan terriblemente castigada en Maupey, cerca de Poitiers, por los arqueros del Príncipe Negro<sup>1</sup>.

Esas derrotas más que vergonzosas de Crecy y de Poitiers, á continuación de la batalla naval de la Esclusa ó Sluys (1340), cerca de Brujas, donde la flota francesa fué completamente destruída, eran suficientes para arruinar para siempre el prestigio del poder real y de los caballeros que le representaban con una insolencia tan poco justificada. Parecía llegado ya el tiempo de ver cómo caían esas instituciones en un desprecio definitivo, pero la fuerza del hábito y de las preocupaciones hereditarias es tal, que esa sucesión de desastres, aunque hirieron de muerte la caballería, la dejó, sin embargo, prolongar durante más de un siglo su nefasta existencia. El feudalismo tuvo todavía, en el reino devastado, un período de renovación, merced á su transformación democrática efectuada por Du Guesclín, que

<sup>1</sup> Simeón Luce, *Histoire de la Jacquerie*, p. 32.

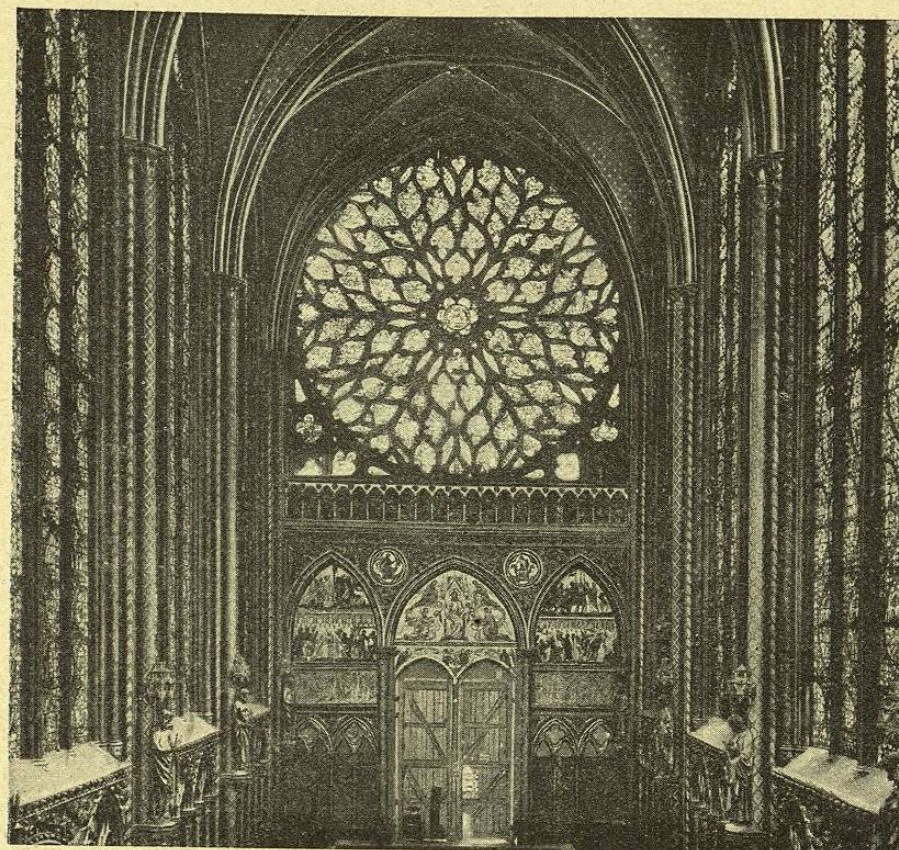
supo sacar la enseñanza de las batallas precedentes y servirse, para la reconquista del suelo, de los elementos populares organizados en bandas con las armas que les convenían, según su genio propio y sus afinidades de costumbres y de lenguaje, y como consecuencia las guerras tomaron una forma espontánea y revolucionaria á la cual aportaba el pueblo tanta pasión como los nobles.

En Bretaña principalmente la lucha adquirió su carácter más nacional, más contrario á un buen acuerdo con el Inglés. Muy diferentes de los habitantes de la Guyena, los Bretones no habían entrado aún en el período industrial y comercial; no tenían género precioso que vender, como lo eran, por ejemplo, los vinos de Clairac (*Claret*) y otros productos del Bordelés. Además, los rudos Armoricanos no tenían la ductilidad del Gascón y no se avenían con los extranjeros: querían permanecer siendo dueños en su territorio y la lenta infiltración francesa les molestaba menos que las bruscas irrupciones de los Ingleses. Sin duda, su duque deseaba hacerles traición y más de una vez rindió homenaje al rey de Inglaterra, pero la resistencia de las poblaciones le reconducía al lado francés, lo que tuvo capital importancia en la historia de la Europa occidental. Si Bretaña, ese bloque de granito, no hubiera resistido á los Ingleses, como las islas de sus costas resisten á las olas; si, interponiéndose entre la Normandía y el Anjou<sup>1</sup>, no hubiera roto la continuidad de las posesiones del invasor, la Francia berrichona y champañesa hubiera sido indudablemente conquistada por la Francia angevina y aquitana bajo la hegemonía inglesa, y pueden evocarse todas las consecuencias buenas y malas que esa victoria hubiera tenido para cada uno de los países interesados para sus vecinos y para la civilización mundial.

Naturalmente el pueblo de Francia, ciudades y campos, trató de utilizar en favor de la emancipación el ruinoso desorden en que habían caído la monarquía y la caballería. Especialmente los burgueses de París creyeron la ocasión propicia cuando el rey Juan el Bueno, retenido como rehén por los Ingleses, hacía mendigar en todo el reino el pago de su rescate. La autoridad de los nobles fué de tal modo abolida en París, que los títulos llegaron á ser consi-

<sup>1</sup> J. Michelet, *Histoire de France*, t. II.

derados como una deshonra. Se dió el caso, cuando la destrucción del castillo de Ermenonville por orden del preboste Esteban Marcel, que el castellano Roberto de Lorris se vió obligado á renegar «gentileza y nobleza» para salvar su vida con mujer é hijos, y juró amar más á los burgueses y el «común de París» que sus parientes y an-



ROSETÓN. SANTA CAPILLA EN PARÍS, EDIFICADA DE 1243 Á 1248  
Cl. J. Kuhn, edit.

tiguos amigos, los nobles<sup>1</sup>. Pero los señores, expulsados de París, tenían todavía demasiado prestigio y poder hereditario sobre la población de los campos para aceptar de ese modo su anulación: antes de perecer, el feudalismo, impotente contra el extranjero, tuvo bastante cohesión para vengarse de la odiada multitud de burgueses y villanos rebeldes. París gozó poco tiempo de su independencia municipal.

<sup>1</sup> Simeón Luce, *Histoire de la Jacquerie*, ps. 115, 116.